

Relaciones del Ecuador con sus Países Vecinos (Colombia-Perú)

PLANEX
2020

Plan Nacional de Política Exterior 2006-2020

Índice

Presentación

Emb. Francisco Carrión Mena 3

¿Qué es el PLANEX 2020?

Javier Ponce Leiva 5

Introducción

Javier Ponce Leiva 11

Relaciones Ecuador-Colombia

Ecuador – Colombia, Percepciones mutuas

La visión de Ecuador desde los medios de comunicación colombianos

Omar Ospina 31

La visión de Colombia desde los medios de comunicación ecuatorianos

Juan Carlos Calderón 45

La cooperación entre los medios de comunicación de Ecuador y Colombia

León Valencia 57

La seguridad en las relaciones Ecuador-Colombia

La política de seguridad democrática de Colombia,

Alfredo Rangel Suárez 59

La política de Defensa del Ecuador frente al conflicto colombiano

Oswaldo Jarrín 71

Enrique Ayala Mora 90

Delincuencia transnacional: narcotráfico, corrupción, terrorismo y lavado de dinero

Washington Pesantez 95

Carlos Espinosa 117

Michel Rowland 127

El impacto internacional del conflicto colombiano

La política de los países vecinos respecto a Colombia	
<i>Alejo Vargas</i>	129
Las gestiones internacionales sobre el conflicto colombiano	
<i>Hernán Moreano</i>	163
<i>Luis Narváez</i>	183

Las relaciones económicas Ecuador – Colombia

Inversiones, turismo e intercambio comercial	
<i>Marco Romero</i>	187

Integración fronteriza

Los proyectos binacionales de integración	
<i>Claudio Cevallos</i>	207
Desarrollo y Seguridad ciudadana en la zona fronteriza	
<i>Maximiliano Donoso</i>	227

Inmigrantes colombianos en Ecuador

Elementos para una política de extranjería	
<i>Raúl Baca</i>	239
<i>Jorge León</i>	251

Los refugiados colombianos en Ecuador

<i>Gina Benavides</i>	261
<i>Felipe Adolf</i>	284
<i>Luis Túpac-Yupanqui</i>	286
<i>Durval Martínez</i>	292

Relaciones Ecuador – Perú

Relaciones económicas Ecuador-Perú	
<i>Ignacio Basombrio</i>	297
La integración Fronteriza	
<i>José Morillo</i>	313
Cumplimiento de los Acuerdos de Paz de 1998 entre Ecuador y Perú	
<i>Galo García Feraud</i>	325

La visión de Colombia desde los medios de comunicación ecuatorianos

Juan Carlos Calderón Vivanco
Diario Expreso

Aún cuando han pasado dos años de lo que voy a relatar, me queda el regusto amargo de lo que escuché de un amigo periodista radial: “todo lo malo nos viene de Colombia”. Lo dijo cuando su programa mañanero de noticias era el más sintonizado del momento, y cuando yo creía estaba escuchando a uno de los más lúcidos comentaristas radiales del país.

Lo dijo, además, en medio de una ola de “combate anti delincencial” a la que cada cierto tiempo, con lapsos de entre seis meses y un año, los medios de información se suman por lo general de modo acrítico y aborregado en conjunción con las autoridades políticas de turno.

Acabamos de pasar por una, en la cual bastó un carajazo de un líder político para violar cualquier referencia a un debido proceso, y menos al que corresponde a un Estado de Derecho.

Hace dos años, cuando mi colega y amigo soltó lo que soltó, también el entonces comandante de la Policía, General Jorge Molina, insistió, con la misma frase es más, en que la delincuencia llegaba de Colombia, culpabilizando, por supuesto a los colombianos. Varios años después, el general José Vinueza, actual comandante, insistió en los mismos argumentos, pero tuvo un aporte novedoso al incluir a los peruanos entre los culpables. “Las inmigraciones colombianas y peruanas son las culpables del aumento de la delincuencia”, dijo. Los poderes establecidos tienen siempre en los emigrantes al monstruo que se introduce en las sociedades y al que se le acusa de intentar su destrucción, y hasta de destruirlas. Para el emigrante las etiquetas se reproducen en casi todos los países del mundo, donde se da este fenómeno. Igual les pasa a los ecuatorianos que viajan a España y Estados Unidos, como a los colombianos y peruanos que se instalan en el dolarizado Ecuador. Así, pongan oído a los argumentos que

reproducen los poderes, especialmente los gobiernos y la fuerza pública tanto para un ecuatoriano en Madrid, como para un paisa en Quito: llegan a los países que les brindan acogida y les quitan los trabajos; si no, perjudican a los trabajadores locales al aceptar sueldos más bajos y cualquier tipo de empleo; son los causantes de la mayor parte de los delitos, aún llegan a la perversidad de inventarse nuevos delitos, algo por lo general tenebroso que la sociedad victimizada por los inmigrantes no había visto antes; tienen además la pésima costumbre de abusar de los servicios sociales y públicos que esta sociedad víctima les ofrece generosamente; no pagan los tributos que esa sociedad exige a sus nativos y, finalmente, son seres extraños que no cumplen con las leyes y normas de convivencia social.

La comunidad que se considera víctima del otro, por lo general pone un velo a los aportes que los emigrantes hacen a la misma y exacerban los defectos.

Toda esta teoría que se sostiene en las seis patas que he nombrado, parte de una premisa falsa: la emigración es un acto de perversión, y no, como creo que es, un acto de desesperación.

Desafortunadamente, la percepción que tenemos de los colombianos está marcado por estas visiones simplistas de la inmigración, visiones además reaccionarias y deshumanizadas. A estas visiones colaboran de manera entusiasta los medios de información, que se rigen en general a las versiones oficiales de la Policía, donde frases como “sujetos de acento colombiano”, o “dirigidos presuntamente por un colombiano” parecen más clichés que resultados de una investigación seria.

Hay, a no dudarlo cifras que estremecen en este tema y que muestran una realidad lacerante, sobre todo en América Latina, donde el crimen transnacional organizado establece territorios, llámense estos Sucumbíos o cualquier otro. El conflicto colombiano ha tenido cierta influencia en este proceso, pero no al extremo, sostengo, de encontrar todos los males de la inseguridad a la migración colombiana.

Partamos entonces del diagnóstico de que la percepción que se tiene del colombiano en el Ecuador, tiene que ver con lo conflictivo, lo problemático, digamos que con lo delincuenciales y todos los elementos que tienden a negar la otredad, aún a sabiendas de que partimos de un proceso de hermandad que tiene que ver con la utopía de la Independencia y el pensamiento de Bolívar. Quiero decir, el “fac-

tor” colombiano nos atraviesa a todos los países liberados por la gesta bolivariana. Menos de 200 años después la conformación de nuestras sociedades, desde la génesis de las familias a las instituciones, aún en las quimeras de las asambleas constituyentes, tiene que ver con este tronco común.

Hemos, entonces, a la luz de la historia, constituido con Colombia el bucle hermandad/rechazo al otro que nos permite deconstruir en la cotidianidad y la cultura las percepciones totalitarias que pretenden ser impuestas desde los medios de comunicación y desde el Estado, con la lógica de la seguridad nacional y la geopolítica.

¿Cómo nos enfocamos al conocimiento de “lo colombiano”?
¿Qué percepciones tenemos del otro, más allá de esas percepciones pseudo impuestas por versiones oficiales o por experiencias negativas que en algún momento nos toca enfrentar personalmente?

Confieso que me llegaron estas dudas cuando un día, en Bogotá, me vi dentro de una noticia grande que involucró a nuestros dos países, y en el seguimiento de la misma me di cuenta de lo poco que nos conocíamos los unos a los otros, y que nuestras percepciones eran reduccionistas y automáticas.

Ese día, asistíamos con un colega de diario Expreso a los festejos de los diez años de la Fundación Nuevo Periodismo Latinoamericano, que dirige Gabriel García Márquez. En eso estábamos cuando ocurrió un ataque militar, atribuido a las FARC por el Gobierno de Colombia, en Teteye. Veinte y dos muertos y la acusación inmediata, directa, de Alvaro Uribe, de que los autores del ataque habían salido del Ecuador y se habían refugiado luego. Lo que me impactó, además de la noticia, fue la apariencia de normalidad que se instaló en el teatro de la universidad Tadeo Lozano, no hubo un solo comentario público sobre el tema, un lo lamentamos todos por los muertos, o qué terrible, en fin, lo que se dice en esos casos a la distancia. Luego, en medio de los bocaditos de la clausura pude conversar con algunos directores y editores de medios de varias ciudades del país y la conversación de nuestros países giro en torno al tema fronterizo, a nuestro deporte favorito de tumbar presidentes, es decir, claro está, a la agenda de los medios y la versión oficial. Me pregunté ¿había en estas personas un interés genuino por el Ecuador, por su destino como sociedad, como nación; había algún ecuatorianólogo por aquí, o eran tan escasos en Bogotá como lo eran los colombianólogos en Quito?

Creo que un año antes, había visitado también Bogotá en una cobertura especial luego de otra acusación a Quito del presidente Uribe, cuando otros guerrilleros atacaron con una bazuca china el vehículo de un amigo del presidente. El artificio de muerte había salido del ejército ecuatoriano, cuyos miembros eran corruptos, dijo Uribe. Claro, ardió Troya, el Gobierno de mi país se rasgó las vestiduras, el origen del cohete se convirtió en un asunto de Estado, los medios empezaron a llenarse de analistas y expertos, se hicieron programas especiales, sesudos comentarios, inflamadas diatribas patriotas, y finalmente nadie demostró nada: ni Uribe ni el ejército ecuatoriano, y en eso quedamos.

Viajé entonces a Bogotá para conversar con personas más vinculadas a la sociedad civil, a las universidades, y otros sectores. La impresión que tuve es que ni siquiera la academia estaba muy enterada de lo que pasaba en el Ecuador, que llevaba ya más de un año con el Gobierno de Lucio Gutiérrez y el canciller Patricio Zuquilanda. Me dio la impresión que no había un conocimiento pertinente de nuestras realidades mutuas, que las agendas estaban por distintos andariveles y las miradas no se cruzaban salvo en los puntos de la frontera caliente. Una lástima que los asuntos de nuestra relación hayan sido simplificados de esa forma, cuando lo menos que podíamos esperar, incluso como un imperativo moral, era intentar profundizarnos en nuestras realidades, ser dignos herederos de una historia rica en gestas libertarias, de familias comunes, de destinos entrecruzados.

Al igual que en el incidente del lanzacohetes, la masacre del Teteye los uniformados habían vuelto a poner la plataforma para la ascendente militarización de la relación. Cuando los militares activos y pasivos empiezan a copar los medios, en desmedro de la diplomacia y de las voces ciudadanas, el daño es grave para cualquier sociedad. La lógica militar y policial impone el conflicto, las estrategias de guerra y los teatros de operaciones reemplazan a los foros ciudadanos y se posicionan como los mediadores privilegiados de los procesos de esta relación.

Bajo esa lógica, el tema Colombia se convirtió paulatinamente en el “caso de los colombianos” y ha pasado de las páginas políticas o empresariales a las judiciales y policiales.

Esas han sido las percepciones que marcaron creo que los tiempos de estas relaciones. Los gobiernos tampoco ayudaron en su momento: Gutiérrez puso en Bogotá nada menos que un ex jefe mili-

tar de inteligencia que no aportó ni agilidad ni efectividad a las relaciones, menos aún la necesaria transparencia. Bogotá puso en Quito a una embajadora que, en la impresión de colegas periodistas estaba más preocupada en ganarse la confianza personal del canciller ecuatoriano y en organizar grandes fiestas que en proteger a sus compatriotas y establecer bases duraderas en la relación, más allá de las aspiraciones legítimas de su Gobierno y mucho más acá de consideraciones de Colombia como Estado. Puede ser una percepción errada o injusta pero esa fue. ¿Y asociado a ellos, cómo funcionaban elementos claves en las misiones como son los agregados culturales y de prensa? Creo un error de ambos países en sus representaciones fue privilegiar las cuotas políticas por sobre la diplomacia de carrera, amigos de los Presidentes en lugar de actores de la diplomacia, aunque creo que esta relación estaría mucho mejor si, como antes, los poetas y las poetizas, los y las artistas, los filósofos, las pintoras, ocuparan cargos que cada vez requieren una nueva ética y otra sensibilidad. Tengo la idea, y puede ser equivocada, de que el nivel de respeto de un país a otro se mide por a quién se envíe en calidad de representante.

El conocimiento de lo colombiano, como el de lo ecuatoriano, pasa por entender la complejidad de estas relaciones. Nuestro mutuo conocimiento no puede ser el simple y automático reflejo de las cosas; *nuestras percepciones, lo sabemos, son a la vez traducciones y reconstrucciones cerebrales, a partir de estímulos o signos captados y codificados por los sentidos; de ahí los innumerables errores de percepción que sin embargo nos llegan de nuestro sentido más fiable: la visión*¹. Quizás por ello juzgamos a las personas por su aspecto y por lo general caemos en el error, quizás por ello creemos que la dulzura de la voz refleja un carácter de miel y también nos equivocamos, quizás confiamos demasiado en nuestros sentidos a priori y mantenemos relaciones superficiales. Tan grave como el error de percepción es el error intelectual, que por lo general se suma a nuestro sistema de errores. *El conocimiento en forma de palabra o idea o de teoría*, dice el filósofo francés Edgar Morin, *es el fruto de una traducción / reconstrucción, mediada por el lenguaje y el pensamiento, por tanto conoce el riesgo del error. Este conocimiento implica la interpretación, lo que introduce el riesgo de error al interior de la subjetividad*

¹ MORIN, Edgar: Los siete saberes necesarios para la educación del futuro^o, pag. 23. Editorial Santillana, Quito, Ecuador. 1999

del conociente, de su visión del mundo, de sus principios de conocimiento. Y gracias a ello es inevitable que haya una gran cantidad de errores de concepción y de ideas que tenemos a pesar de nuestros controles racionales. Proyectamos nuestros deseos o nuestros miedos, y nuestras emociones aportan perturbaciones mentales que multiplican los riesgos de error. ¿Cabe en el mundo de estas relaciones, y traspolando, de las relaciones colombo – ecuatorianas, el amor, el odio, los sentimientos de amistad? Por supuesto que no. No podemos eliminar los riesgos de error rechazando la afectividad: el desarrollo de nuestra inteligencia –y eso le compete a todos los campos– es inseparable de la afectividad: la curiosidad y la pasión, connaturales al afecto, son inseparables del pensamiento filosófico y científico. La afectividad puede fortalecer el conocimiento y muchas veces creemos, equivocadamente, que lo asfixia: la facultad de razonar puede ser destruida por falta de emociones; si somos incapaces de entender que primariamente estamos en capacidad de reaccionar emocionalmente (y por tanto de entender la diferencia entre una reacción emocional y una reacción racional) es muy probable que privilegiemos las reacciones irracionales. ¿Cuánto de lo uno y de lo otro hay en nuestras percepciones comunes? Solo lo podemos saber en la medida de los hechos, y a la luz de nuestras experiencias armar las estrategias para poder enfrentar las incertidumbres de nuestras relaciones. Hoy menos que nunca, el mundo es un depósito de certezas. Navegamos en medio de incertidumbres, y nuestras rutas se pueden alterar porque la condición humana en nuestros tiempos tiene que enfrentar realidades más cambiantes y nuevos valores que se entrecruzan con visiones del mundo, formaciones culturales, etc. ¿Será que para sostener las certezas se inventaron los protocolos, los procedimientos, las famosas cartillas de seguridad? Puede ser que estos sistemas conduzcan a un proceso emocional y ordenado que permita mantener nivelado el bucle intelecto/afecto. Es posible entonces mantener relaciones maduras y permanentes si entendemos que nuestras relaciones, por ende nuestra realidad como pueblos, están primero sujetas a incertidumbres; luego, tienen que tomar en cuenta las emociones en el mismo nivel que las razones y los argumentos; y después, tienen alto riesgo de cometer errores cuando se basan en percepciones sensoriales e intelectuales, y eso debe estar claro para quienes median en nuestras relaciones. ¿Puede aplicarse todo esto a la cultura cotidiana, que parte de la idiosincrasia de nuestros pueblos y termina en realidades virtuales creadas por los medios de comunicación en estos

tiempos hipersaturados de mensajes y contenidos dislocados, descontextualizados y contradictorios?

Nada de esto sabía y menos lo pensaba cuando hace 18 años viajé por primera vez al exterior, a Bogotá, para pedir la mano de quien hoy es mi esposa, Adriana. En ese entonces –tal como ahora pero con más vehemente ceguera- mi enamoramiento me cegó ante los riesgos de los ataques guerrilleros en la carretera, tal como mis parroquianos amigos lo advertían, los asaltos en los buses, los robos. Nada cambió mi decisión de llegar a la fría Santafé, cuyo ambiente triste solamente es sostenible gracias a la amabilidad, la frescura y sinceridad de su gente. Llegaba a una ciudad grande, fuera de mi territorio natural, por vez primera, y lo primero de lo que fui objeto fue de una enorme generosidad no esperada y sí consentida. Bogotanos puros, rolos a morir, me internaron en los secretos del tamal, el aguardientico y la agriecita, las novenas bailables, la devoción al Divino Niño, el teleférico a Monserrate, el masato y el kumis, la línea, el cuchuco, el viaje inevitable a Zipaquirá y la leyenda del lago de Guatavita, las visitas masivas a los cumpleaños, el amor por los parientes, la charla sabrosa y cantadita, San Andresito, Daniel Samper, el Binomio de Oro y su gesta vallenata, por supuesto al rumba, la carne llanera, el misterio del ahogao, el merengón y similares maravillas, en fin. Tan extraordinarios fueron esos primeros toqueteos con Colombia que hasta ahora le digo a mi esposa que no sé quién mismo logró el hechizo de atarme con tanto entusiasmo a su destino. Saben enamorar estos colombianos, me dije. Y ya que había puesto mis sentidos en ellas (en Adriana y en Colombia) creo que por andar medio embobado por el parque del Periodista de buenas, a primeras la tía de ella me chantó a Germán Castro Caicedo y empezó mi otro romance, esta vez con el periodismo colombiano.

Han pasado, como digo, casi dos décadas desde entonces. He realizado decenas de viajes a Colombia, enajenado como siempre por su espíritu, llevado de la mano siempre por esos amigos y amigas, y parientes a los que nunca les faltó una consentida, un cariño como decimos. Su don de gentes es proverbial en Conocoto, Quito, donde arrancó esta historia: el padre de Adriana, don Roberto Galvis Bello, hacia molinos de trigo junto a sus dos hermanos en el Sur de Bogotá. Hace 45 años le tocó viajar a la parroquia de Amaguaña para fabricar un gran molino, que todavía funciona. Conoció a mi ahora suegra, Lucía, hija de agricultores conocoteños. Y ella ató su vida a

Colombia y tuvo con él dos hijas colombo ecuatorianas. Me parecía que esa historia se repetía varios lustros después cuando Adriana, dejándolo todo como su madre, ató su destino al Ecuador y tuvo conmigo dos hijas ecuatoriano colombianas.

Ella, como muchos colombianos, llegaron al Ecuador por amor; otros lo han hecho desafortunadamente huyendo de la miseria y la violencia, y porque acá encontraron algo más de paz a pesar de la cruz de la nostalgia. No fue fácil la adaptación: aunque pueblos de un mismo origen, su formación histórico-social fue distinta, su cultura es distinta, son cotidianidad es distinta.

El primer conflicto colombo ecuatoriano tuvimos que resolverlo en nuestra luna de miel, cuando le pedí a Adriana que viniera al cuarto, ya saben, y me respondió, “bueno papito, ahorita”. Se demoró media horita y no entendí hasta más tarde que el ahorita colombiano implicaba un tiempito más que el inmediatez del ahorita mismo ecuatoriano. Bueno, superado el conflicto, donde no hubo necesidad de una cartilla de seguridad, hubo una escalada cuando días después ella se me puso circunspecta al oírme que le decía “Mamita, pero hágame caso”. La tradicional rebeldía norteña se le fue a los ojos y me respondió casi iracunda que ella no tenía porqué obedecerme; pero si yo no le he dicho eso, sino que me pare zona. Menos mal lo comprendió antes de que la sangre llegara al río. No fue fácil conciliar los términos, las visiones del mundo, la forma de mirar la vida, de enfrentar los problemas. En esto último, como buen serrano ecuatoriano pecaba de resignación y conformismo, disfrazados de realismo, y entonces ella le puso el realismo mágico y el “echaopalante” que nosotros llamamos empuje o ñeque, y que es el mismo realismo pero con unas ganas enormes de vencer.

Esta claro que esa es la realidad de Colombia que más he conocido y por ello, como ecuatoriano me ha chocado profundamente los signos de rabiosa e inexplicable xenofobia que se han dado contra mi familia, en sitios y de personas que menos se lo piensa. Y menos por situaciones por las cuales se debería aplaudir a los emigrantes. Pongo ejemplos de los que he sido testigo directo: dos señoras chacharean en voz alta en medio de una película en los Multicines, con tanta grosería que molestan al menos a sus seis vecinos circundantes. Una persona, con acento colombiano, les pide gentilmente que bajen el tono de la voz. La respuesta viene violenta: no

jodas, colombiano hijo de tal, lárgate a hacer callar a tu país, qué te has creído, etcétera.

Una persona de Colombia se ofrece de voluntaria en una urbanización para hacerse cargo de la seguridad y lograr poner en marcha un buen sistema de guardianía y reducir los robos a cero. Todos los residentes pagan las cuotas con gusto y se aplauden los informes trimestrales. Cuando al año se trata de renovar la directiva y se pide la reelección de esta persona, de una de las asistentes a la asamblea, una mujer mayor y respetada por todos, dice que no se le reelija, que ya es hora de que un ecuatoriano asuma esta responsabilidad “porque la colombiana nos está mangoneando”, sin exponer otro argumento que el falaz de la nacionalidad.

Hay otros ejemplos, y no quiero cansar. Muchos de ellos tienen que ver con los abusos que los colombianos en el Ecuador han recibido de la Policía, especialmente en las carreteras. Cuando favorecía el peso, eran miles los vecinos del norte que llegaban a hacer turismo. Y hubo no pocos casos en que fueron extorsionados por policías en la carretera por el delito de portar placa colombiana. Hubo un caso extremo que nosotros denunciábamos en el semanario Blanco y Negro, del diario Hoy y que se llamó “Qué hubo Colombia”. La historia de una mujer a la que le mataron a su marido y a su hija de un año en la carretera entre Tulcán en Ibarra. Llegaban de vacaciones y fueron detenidos por estos filibusteros que usan el uniforme para delinquir. El parte policial dice que su esposo se resistió a un arresto porque supuestamente se le encontró con cigarrillos de marihuana dentro del carro. El murió de un tiro y su pequeña niña lo mismo, en un supuesto tiroteo del cual nadie fue testigo. Toda la información se basó en el parte policial. Ella fue detenida, acusada de tráfico de drogas. Luego salió de la cárcel y nadie respondió por esos crímenes. El reportaje demostró que no había pruebas de la tal droga y que el delito de esta familia destruida había sido ser colombiana. Pero lo que más me impresionó en este y otros casos que he reportado, fue la ausencia de la defensa de los colombianos en el Ecuador. Los embajadores que ha puesto Colombia en Quito, en su gran mayoría, no han atendido o hecho público estos casos de abuso, extorsión y menos aún de xenofobia contra sus compatriotas. Es claro que quien llega en condición de extranjero se ve expuesto a este tipo de ataques, sobre todo en una sociedad inmadura, prejuiciada y con un complejo de inferioridad ferviente. Pero no es posible permitir que esto ocurra a

nombre de nada y menos bajo un manto de silencio impuesto por quienes son llamados a defenderlos.

Son algunos casos, aunque debo reconocer que aislados. No hay una política no oficial ni extraoficial del Estado ecuatoriano con relación a los colombianos; tampoco la hay extraoficialmente ni oficialmente desde las instituciones como la fuerza pública, aunque sí me consta como periodista que algunos jefes militares y policiales instruyen a sus hombres en el odio al colombiano, como “el nuevo enemigo”. Es entendible: sobre todo los militares necesitan crear un enemigo concreto para seguir existiendo.

Pero sí siento una peligrosa tendencia, que ha crecido en los últimos cinco años, a echarles toda la culpa de la violencia a los colombianos, a crear un imaginario monstruoso de sus acciones en Ecuador y permitir con ello que las verdaderas mafias delincuenciales ecuatorianas pasen tras el velo de la impunidad y la autosuficiencia. Este imaginario es sustentado sobre todo en informes de prensa, que en muchos casos recogen únicamente y sin posibilidad de contraste alguno, la información que emite la fuerza pública y las versiones oficiales.

La historia personal que he relatado y los ejemplos que he expuesto, no son más que jirones de la realidad. Pues la realidad no es evidentemente legible. Las ideas y las teorías no reflejan sino que traducen la realidad, la cual pueden traducir de manera errónea. Nuestra realidad no es otra que nuestra idea de la realidad. De ahí que es impensable en el conocimiento de esa realidad la separación del binomio subjetividad/objetividad. Y nosotros los reporteros, que nos creemos los traductores y los mediadores de una realidad con otra, somos en gran parte el sostén de esas ideas colectivas sobre los colombianos, donde se privilegian los automatismos colombiano / narcotraficante, colombiano / violencia, colombiano / delincuencia inteligente y organizada, colombiano / agresor, las simplificaciones y los estereotipos.

Considero que en esto, como en muchos temas, en los medios no se da el suficiente debate ni la profundización y desarrollo de las ideas. Se reacciona, como digo, a los hechos de forma automática. No se analizan sus alcances ni se interpretan sus formas, menos se prevén sus consecuencias; tampoco se los atan unos con otros, se los contextualiza y se hilvanan los sentidos que producen estos hechos.

Abogo porque estas percepciones de lo colombiano sean abordadas desde el conocimiento pertinente que imponen los nuevos tiempos. No podemos, como sociedad enfrentar las incertidumbres

del presente, si seguimos actuando como si la realidad no fuera cambiante; es decir, si no admitimos que las certezas que hemos construido sobre nosotros mismos y sobre los demás están marcadas sobre la incertidumbre de lo real.

Nuestras miradas no pueden quedar esclavas de los hechos, aisladas de la totalidad, atrapadas por ideas fijas. Ahora más que nunca requerimos de experimentaciones, contrastaciones, verificaciones, e ilación y convergencia de indicios. Debemos aprender y enseñar a mirar y a coactuar con los demás desde la unidad y desde la multiplicidad, a conocerlos en su contexto, en su condición multidimensional y global.

Estamos en la era planetaria. Vamos aceleradamente a procesos globales desde la corriente y desde la contracorriente, y nuestras miradas entre ecuatorianos y colombianos se han de cruzar desde una comunidad de destino, que nos impone nuestra condición de vecinos sudamericanos y nuestra condición humana. Kant decía que la finitud geográfica de nuestra tierra impone a sus habitantes un principio de hospitalidad universal, reconociendo al otro el derecho a no ser tratado como enemigo. ¿Cómo podemos mirarnos así, en Quito o en Bogotá, si en las calles de Los Ángeles o Nueva York hemos marchado juntos contra otro que nos trata como el peor enemigo? Tenemos vínculos de amor, que es mi caso y el de muchos, vínculos comerciales, vínculos regionales aunque no estratégicos; nos falta envolver todos estos vínculos en un vínculo ético con nuestro común destino terrestre y humano, donde se impone de modo fundamental, la solidaridad.

No abogo por una ilusión. La humanidad, en la era global, es una comunidad de destino. Todo nos ata a todo, estamos tan enraizados con nuestra patria terrestre que debemos constituirmos cada vez más como ciudadanos del mundo. De ahí que es un error monumental de gobiernos como el estadounidense o los europeos de levantar fronteras humanas cada vez más altas. Es iluso y retrógrado, y es anti humano. El construir esta conciencia planetaria, que vincula éticamente el individuo con su sociedad y con la humanidad, es la única alternativa que tenemos de atacar la ignominia de la pobreza, la exclusión, el hambre, el abuso, el retorno a la esclavitud, la opresión cultural, económica y social.

Creo que los medios no estamos a la altura de este momento histórico, de la exigencia de mayor claridad, análisis y precisión en los

fenómenos y procesos contemporáneos. Los temas más importantes que tienen que ver con nuestra relación mutua se nos van de las manos y terminamos por mediocridad y comodidad, que es lo mismo, difundiendo ejes más que limitados y unilaterales de la relación. Esto tiene que ver, sobre todo, con adherirse de modo no crítico con las agendas del poder, convirtiéndose de manera voluntaria en voceros de esas agendas a través de editoriales o decisiones de redacción que privilegian la versión oficial por encima de la reportería. Cuando los medios entran en la lógica de la guerra y la de sus actores pierden, aunque parezca imperceptible, el respeto de ese mismo poder y, cómo no, del público. Esa experiencia nefasta la tuvimos en la Guerra del Alto Cenepa, en 1995. Luego de 60 días de intensa adhesión a la “causa nacional”, el Gobierno y los jefes militares de entonces no ocultaron su decepción y desconcierto cuando después de la batalla le recordamos al país los pendientes, y bien graves, del régimen: casos de corrupción sobre todo y luego temas de intenso debate que tenía que ver con las privatizaciones, etcétera. Voceros del Gobierno confesaron entonces, fuera de micrófono, que “no se esperaban” semejantes noticias, pues supusieron que la adhesión de la prensa podía ser eterna o al menos ésta pondría bajo la alfombra los temas que no le convenían al régimen. Gracias a ese espíritu de independencia, seis meses después de la guerra saltaron los escándalos de compras de armas y de contrataciones multimillonarias e innecesarias hechas a dedo aprovechando el decreto de emergencia por el conflicto armado. Todo ello a pesar de la visita de mandos militares y de altos funcionarios para que no acabemos con el dudoso prestigio de los “vencedores del Cenepa”.

Traigo a la memoria estos sucesos, porque la lógica de la guerra impone la visión de prensa amiga y prensa enemiga. Esa es la visión del poder, que pretende controlar cualquier medio que disienta. La percepción que tenemos unos de otros está marcado por esos ruidos: no dejemos que los cañones nos atrofién nuestros sentidos periodísticos.